

EL "RAID"

Trasladarse de un lugar a otro dentro del mismo Managua, después del terremoto del 23 de diciembre del 72, es cosa tan difícil, que todo mundo se siente en confianza para pedir un empuje a cualquier desconocido o conocido que va en su vehículo. El "raid" está de moda.

Estaba en un barrio alejado. Tragando polvo, como si a propósito en estos días de desgracia fuera enviado. El bus tardando un mundo.

¡Suerte! Mincho en su jeep del INDE. Al mismo tiempo dos muchachitos y una mujer se aprovecharon.

Los saludos del momento, y las respuestas: *"No hermano, gracias a Dios. Aunque lo perdí todo, pero eso es babosada"*.

—Esperate —me dijo—, yo no sé cómo estoy vivo, si a la hora del pencazo yo estaba en el "PLAZA".—

—Nos habíamos ido un grupo de compañeros de trabajo, porque era el último día. Estábamos bebiendo, bailando; estábamos alegres.

Ibamos a comenzar una suavcita, cuando sentimos que todo empezó a moverse y el movimiento iba creciendo. Toda la gente corrió buscando cómo salir. Un solo montón de gente. En lo oscuro. Y el poco de mesas y asientos. Nos caíamos, nos levantábamos —a la p . . . la gente comenzó a gritar, pare

cía cosa de . . . Torcidos, la puerta de la calle estaba cerrada, ya se habían caído unas paredes por allí. De repente oímos un grito: que había una puerta. Otra vez para atrás —imagínate lo que nos había costado llegar—, me cayó una loceta que la estuve deteniendo con la espalda un gran rato. Después que salí de allí, le dije a una de las compañeras que se me agarrara de la faja y que no se me aflojara, que me siguiera. A esa hora ya habían un poco de prensados, yo sentía que en el suelo tropezaba con los cuerpos.

Y así nos fuímos: al pasito, en lo oscuro, caminando. Desesperados.

Le decía a la muchacha que nos regresáramos a la puerta de la calle, pero ella me decía que no, que ya estábamos llegando. Sacó la mano por un lugarcito donde entraba un poquito de luz y sintió que tocaba el borde de la pared en la parte de afuera. *"Ya llegamos"*, me dijo.

Al fin logramos salir, era una puertecita que daba al Parque Central por el lado de atrás —sabés por donde . . . Pero no habíamos salido cuando se vino el otro. Desde allí oíamos los gritos de los que estaban entrampados —no fregues, por eso es que te digo que no sé cómo es que estoy vivo—, al menos ya habíamos salido, estábamos libres, —ah! ya fumás cigarros de hombre, gracias hombre.

Después nos tiramos a la Plaza de la República.

Una de las muchachas se puso histérica, pero estábamos listos, el chunche en que andábamos esa noche estaba enllavado, y las llaves, junto con las de la iniciación estaban en una cartera que se le había quedado adentro a una de las compañeras. Entonces le dije a uno de los amigos que se fuera a dejar a la histérica a su casa y que si era necesario, que le pegara para calmarla. Yo me fui a dejar a la otra, la encaminé por la Roosevelt y me regresé al “PLAZA”.

En la cartera que estaba adentro había mil pesos que me los andaba guardados la muchacha y quinientos de otro, nos habían pagado el día anterior, estábamos cargados. Me metí a buscar la tal cartera —no hombre, lo que interesaba eran las llaves para movilizarnos—, eran como las seis de la mañana. En el suelo había varios muertos. Un señor que todavía estaba vivo, tenía un pie totalmente desprendido con todo y zapato y le gritaba a su chofer.

No pude encontrar la tal cartera. Quise agarrar una de las guitarras que había en el suelo, para recuerdo la quería, pero estaba partida por la mitad —eso que era metálica—, me salí. Afuera me di cuenta que la Chilito estaba adentro, era la novia de uno de los compañeros de trabajo —aquí nomás señor, gracias, Dios se lo pague; —a la orden señora.

Otra vez iba a meterme. Toda la noche había temblado, estaba temblando. Una de las muchachas me agarró y me dijo que no me metiera, que me acordara que tenía al niño en la casa —cuál casa?. A esa hora . . .

Un “raid” en estos días del terremoto es uno de los grandes favores que uno se puede conseguir.

Rolando Leyva, 1973

=